

THOMAS WHIGHAM

LA GUERRA
DE LA TRIPLE ALIANZA
VOLUMEN III



Danza de muerte y destrucción

taurus

PARA ANDREA GAYOSO.

Índice

[CUBIERTA](#)

[PORTADILLA](#)

[DEDICATORIA](#)

[ÍNDICE](#)

[INTRODUCCIÓN AL TERCER VOLUMEN](#)

[CAPÍTULO 1: LA RESISTENCIA CONTINÚA](#)

[AJUSTANDO EL CINTURÓN](#)

[PROYECTOS DE PAZ Y LA CUESTIÓN DE LOS PRISIONEROS EUROPEOS](#)

[COMBATES ININTERRUMPIDOS](#)

[PARECUÉ](#)

[TATAIYBÁ](#)

[POTRERO OVELLA Y TAYÍ](#)

[SEGUNDA TUYUTÍ](#)

[CAPÍTULO 2: EL COSTO DE LA RESISTENCIA](#)

[EL REY DE PASO PUCÚ](#)

[PASO POÍ](#)

[CAPÍTULO 3: MITRE DESPEJA EL CAMINO](#)

[CORTA INCURSIÓN A LO IRREAL](#)

[¿CAXIAS TODOPODEROSO?](#)

[EL PASO POR LAS BATERÍAS](#)

[LA ALIANZA PIERDE A FLORES](#)

[EL ASALTO A ASUNCIÓN](#)

[CAPÍTULO 4: CRUEL DESGASTE](#)

CANOAS CONTRA ACORAZADOS

EL MARISCAL SE RETIRA A TRAVÉS DEL CHACO

LOS ALIADOS CONTINÚAN PRESIONANDO

SE CIERRA EL PUÑO

DEMORAS, DESESPERACIÓN Y FRACASADAS INNOVACIONES

LA CAÍDA DE HUMAITÁ

CAPÍTULO 5: LA NACIÓN SE DEVORA A SÍ MISMA

MOMENTO DE SOSPECHA Y TEMOR

LOS TRIBUNALES DE SANGRE

CAPÍTULO 6: LUCHA SIN CUARTEL

AL TEBICUARY Y MÁS ALLÁ

LA GUERRA CONTINÚA

WASHBURN SE VA

ARGENTINA UNA VEZ MÁS

SURUBIY

UNA RUTA A TRAVÉS DEL CHACO

CAXIAS CRUZA EL RÍO

LLEGA McMAHON

CAPÍTULO 7: LA CAMPAÑA DE DICIEMBRE

YTORORÓ

AVAY

UN RAYO DE ESPERANZA, UNA SOMBRA DE RESIGNACIÓN

ITÁ YBATÉ

CINCO DÍAS DE PELEA

ANGOSTURA

CAPÍTULO 8: OTRA PAUSA

EL MARISCAL CABALGA TIERRA ADENTRO

EL SAQUEO DE ASUNCIÓN

CAXIAS DA UN PASO AL COSTADO

PARANHOS Y LA OCUPACIÓN ALIADA

EL MARISCAL VUELVE A PREPARAR EL ESCENARIO

EL CONDE D'EU ASUME EL COMANDO

CAPÍTULO 9: ÚLTIMAS BOCANADAS

EL ASALTO A YBYCUÍ

PARTE MCMAHON

LA TENAZA COMIENZA A CERRARSE

PIRIBEBUY

ÑU GUAZÚ

CAPÍTULO 10: EL NUEVO Y EL VIEJO PARAGUAY

LA POLÍTICA ALIADA EN LA CONSTRUCCIÓN NACIONAL

FACCIONALISMO

EL GOBIERNO PROVISORIO

EL AVANCE A CARAGUATAY

LA DESTRUCCIÓN DE LA FLOTA

PERSECUCIÓN

CAPÍTULO 11: EL FINAL

VÍA CRUCIS: LOS PRIMEROS PASOS

VÍA CRUCIS: LAS SACUDIDAS FINALES

LA GUERRA DEVORA A LOS SUYOS

EL ANFITEATRO DE LA AFLICCIÓN

CERRO CORÁ

EL DESPUÉS

EPÍLOGO

RECONOCIMIENTOS

ABREVIATURAS

BIBLIOGRAFÍA

NOTAS

BIOGRAFÍA

CRÉDITOS

GRUPO SANTILLANA

INTRODUCCIÓN AL TERCER VOLUMEN

La Guerra de la Triple Alianza se asemeja a una tragedia griega en la cual tanto el público como los personajes conocen el final antes de que la obra termine. En el fondo, el coro entona su lamento por las adversidades de la vida mientras la atribulada audiencia pondera el significado de los sucesos antes de que los actores abandonen el escenario. Conforme avanza, la acción de la obra se presenta como un acicate para la contemplación. Y cuando las apolo-gías finales son recitadas, las palabras expresan tanto un sentimiento de alivio como una lección acerca de lo necio e inútil que es desafiar la voluntad de los dioses.

Algunos de estos mismos sentimientos y temores debieron perturbar los pensamientos y encadenar los sueños del mariscal López y los líderes aliados cuando la Guerra de la Triple Alianza llegaba a su punto medio. Los acontecimientos de 1866 y 1867 habían quebrado la confianza previa y las expectativas de una rápida victoria. La intervención externa se había vuelto imposible; no habría cañones británicos para forzar la paz como ocurrió con el conflicto cisplatino de 1825-1828. No habría asesinatos que removieran a un tirano petulante. No habría una paz negociada por separado. Ninguna fuerza amiga cambiaría el balance del terror. Y ahora, dadas estas certezas, nada parecía presentarse tan poderosamente a los hombres en el campo de batalla como el hecho de que esta guerra de desgaste solo acabaría cuando todos fueran masacrados. Esto era algo que no podía confortar a nadie.

En el segundo volumen de este estudio, intenté demostrar que la extensa campaña en Paraguay ayudó a expandir un sentido nacionalista más moderno en aquellos países sudamericanos que, paradójicamente, estaban menos interesados en abandonar sus viejas identidades y sus antiguos prejuicios.

En Brasil, para don Pedro II era conveniente que su pueblo se considerara súbdito imperial primero, y solo en un muy distante segundo lugar, brasileño. Para eso, no era necesario perder tiempo en nada parecido a una movilización popular. Ni siquiera Luís Alves de Lima e Silva, marqués de Caxias, el paladín militar en quien los aliados depositaban tantas esperanzas, podía superar un maligno e inconfundible desprecio por sus hombres.

Para ganar, sin embargo, ni Caxias ni el emperador (ni los demás líderes aliados) podían dejarse dominar por sus usuales impulsos. Si pretendían derrotar a los obstinados paraguayos, debían estar abiertos a cualquier innovación, no solamente en términos militares, como el uso de globos de observación, rifles aguja o buques acorazados, sino también en el campo estrictamente político. Pero proceder de esta forma era riesgoso. Suponía muchos posibles peligros para el orden establecido. Oficiales de origen humilde, por ejemplo, podrían tener que ser promovidos a posiciones de mando, y podrían resistirse a ceder el poder una vez que este estuviera en sus manos. Nuevos reclutas tendrían que ser inspirados por una causa nacional, antes que por una imperial, y esto también daba motivos de preocupación. Incluso los esclavos tendrían que ser estimulados a pensar que su situación fundamental podría de alguna manera cambiar una vez que vistieran un uniforme.

Con los paraguayos, la tarea de construir una milicia cohesionada era más simple, ya que se contaba para ello con la base de una cultura de patriarcado rural e intercambio recíproco que provenía del período colonial. Pero, aun allí, el conflicto con la Triple Alianza generó demandas sin precedentes sobre el pueblo paraguayo, y ni siquiera el mariscal Francisco Solano López, con toda su influencia

personal y oficial, podía depender exclusivamente de prerrogativas tradicionales. Él también tenía que apelar a las masas, especialmente cuando los reveses en Estero Bella-co, Tuyutí y Curuzú habían demostrado las limitaciones de una defensa convencional, y considerando la desconfianza del mariscal en los miembros de la élite paraguaya, pese a que hasta ese momento se habían mantenido leales.

A no dudarlo, los cañones Lahitte fueron muy utilizados por el ejército paraguayo, lo mismo que los cohetes Congreve y los «torpedos» de río, pero los suministros de armamento moderno se volvían más escasos cada día. Ningún cargamento nuevo podía llegar debido al bloqueo aliado y, a pesar del valiente esfuerzo de los paraguayos de luchar con armas fabricadas localmente en el arsenal de Asunción y en la fundición de Ybycuí, esta producción no podía de ningún modo reemplazar los artículos previamente importados.

El mariscal, por lo tanto, buscaba contrarrestar la superioridad material y numérica del enemigo con incentivos morales. Deliberada y claramente, adoptó una estrategia de guerra que acentuaba un propósito nacional común. De ahora en adelante, toda la «raza» paraguaya se levantaría en armas contra los *kamba* y, en cada campo de batalla, cada hombre gritaría su indignación al enemigo con una única, estridente voz, y esa voz resonaría en guaraní.

El volumen tres abordará la génesis de esta situación entre mediados de 1867 y marzo de 1870. Delineará los múltiples cambios y ajustes que ocurrieron y cuyos aspectos, mutuamente reforzados, resultaron a la postre, brutalmente trágicos. Cada cambio del lado paraguayo dirigido a crear una relación más fluida entre oficiales y hombres requería alguna nueva adaptación por parte de los aliados, y esto ocurría permanentemente, una y otra vez. Cada vez que los comandantes aliados se lanzaban ciegamente al frente, como lo hicieron en Curupayty, tropezaban contra un muro de intransigentes paraguayos. Una respuesta flexible y determinada a ese hecho no solo era recomendable, era absolutamente necesaria. Y aun así, lo que resultaba generalmen-

te de ello no era una mayor fineza, sino un mayor salvajismo.

Este patrón quedó establecido de la forma más completa y despiadada durante el largo sitio de Humaitá. Los enfrentamientos en este período fueron limitados. Evidentemente, los aliados pensaban que las enfermedades, el hambre y el agotamiento harían el trabajo por ellos. En unas pocas ocasiones hubo considerable derramamiento de sangre en las líneas de contacto militar, pero por lo general el comando aliado se satisfacía con una lenta estrangulación del ejército del mariscal. Era una estrategia clásica de desgaste, con los soldados aliados, más numerosos, mejor entrenados y mejor abastecidos, sofocando sin apuro al enemigo.

El problema era que los paraguayos no se daban por vencidos. Renovaban su unida resistencia como para continuar peleando sin interrupción y sin importar el costo. Esto incluyó el reclutamiento, hasta en los más recónditos caseríos de la república, de niños a quienes dotaban con lanzas de tacuara para enfrentar rifles de repetición y enviaban a pelear, sin titubeos, hasta el amargo final. Como si esto no fuera suficientemente malo, la lógica de la guerra también condujo a periódicas purgas en el frente doméstico, especialmente durante los Tribunales de Sangre de 1868. El objeto siempre era el mismo: mantener al ejército paraguayo peleando.

Este era el trabajo que el mariscal López se impuso, y reflejaba el trabajo que Caxias y los otros comandantes aliados tenían, igualmente, que cumplir. El público en Brasil y Argentina ya estaba cansado del conflicto a principios del primer año y habría aceptado con beneplácito cualquier solución inferior a un triunfo militar si sus generales y líderes civiles le hubieran dado esa opción. Hubo también muchos potenciales mediadores. Charles Ames Washburn continuó ofreciendo los buenos servicios de los Estados Unidos para acordar la paz. Los franceses, los británicos, los peruanos, todos expresaban voluntad de ayudar. Pero ninguno de los líderes beligerantes estuvo dispuesto a apearse de su posición. Todavía se aferraban a la meta de una victoria absolu-

ta, o bien soñaban con salvar su honor mutilado sin considerar el costo para sus respectivos pueblos. Cualquiera que haya sido el caso, no sirvió para nada bueno. El resultado fue la tragedia. Se impuso la peor y más brutal clase de conducta en el frente y se legitimó la indiferencia hacia la vida humana.

Al final, la guerra experimentó una metamorfosis en Paraguay y pasó de una forma convencional de resistencia militar a una lucha por la supervivencia nacional. Como en la conquista (y en la lucha por la independencia en los 1810), hubo momentos de democratización social *de facto*. Individuos de origen humilde que mostraban valentía frente al enemigo y eficiencia en cuestiones logísticas ganaban puestos de responsabilidad en el ejército y en la administración civil. Pero esta mayor integración fue construida sobre un mayor sufrimiento. Del lado paraguayo, muchas de las responsabilidades delegadas por el Estado únicamente podían ser vistas como sombrías, ya que conferían autoridad sobre recursos en constante declive. Las cosechas habían declinado, las medicinas habían desaparecido y prácticamente no había excedentes de los que echar mano. Las reservas de mano de obra habían sido succionadas como por un torbellino en Humaitá. Por lo tanto, pese a que las élites paraguayas se habían unido en los rangos con los desposeídos, y a que los recursos restantes del país estaban distribuidos más equitativamente, el panorama no podía ser alentador para aquellos que deseaban un orden más justo e igualitario en Paraguay. No solamente el poder de López siguió siendo absoluto, como siempre lo había sido, sino que los pobres, como herederos de una autoridad a la que nunca habían aspirado, se encontraban a cargo de nada.

Era el preludio de la peor catástrofe que el país había experimentado jamás.

CAPÍTULO 1

LA RESISTENCIA CONTINÚA

Por mucho que trataran, a los paraguayos les iba a ser extremadamente difícil, si no imposible, sostener su posición cuando Caxias apretara el puño en torno a Humaitá. Todos en el lado aliado estimaban que una batalla decisiva era inminente, y en la lejana Buenos Aires los editores de *The Standard* anticipaban que la campaña por fin estaba a punto de concluir, «posiblemente antes del embarque del correo británico».[1] Uno podría suponer que, a esas alturas, observadores responsables tendrían que haber aprendido a evitar predicciones tan optimistas. La guerra se había devorado ya muchos vaticinios ingenuos y lo haría una vez más, ya que, aunque los aliados se supieran fuertes y bien situados, los paraguayos estaban lejos de aceptar su derrota.

Cualquier ejército, desde luego, puede ser forzado a la sumisión, y a mediados de 1868 el paraguayo no era una excepción. Muchos en el bando aliado habían sido partidarios de un duro y constante desgaste, pero ahora que las fuerzas del mariscal lucían tan deterioradas, lo más lógico parecía ser apresurar su derrota adoptando un método más violento. Sin embargo, un giro hacia una victoria total en ese momento requería confianza política y cohesión tanto en el alto comando como entre las unidades del ejército aliado. Caxias aún tenía que construir una solidaridad de tales características. Bartolomé Mitre, como siempre, estaba lleno de elaboradas ideas y estrategias, pero que sus no-

ciones pudieran conducir a un rápido triunfo en Humaitá seguía siendo dudoso para los hombres en el frente. Y había otra cuestión. Aunque la mayoría de los oficiales y consejeros no lo creyeran posible, algunos sospechaban que López podría continuar la lucha incluso después de que la fortaleza hubiera caído.

AJUSTANDO EL CINTURÓN

El 31 de julio de 1867, los aliados tomaron San Solano, una pequeña estancia al norte de Tuyucúé perteneciente a la familia López y recientemente convertida en albergue temporal para civiles desplazados de las Misiones. Capturar este sitio (que llevaba el nombre del santo patrono del mariscal) significaba una excelente oportunidad para acorralar la fortaleza, por lo cual parecía que un cerco completo sobre Humaitá estaba al alcance de la mano. Los aliados, sin duda complacidos por su progreso, observaron una considerable actividad dentro de las líneas paraguayas, con mucho movimiento de hombres y traslado de ganado al campamento principal. A finales de la tarde, el mariscal hizo traer dos lanzacohetes y cuatro piezas de campo, que inmediatamente dispararon sobre las nuevas posiciones aliadas. Varias piezas brasileñas respondieron y el fuego continuó hasta después del anochecer.

Al día siguiente, el general Manoel Luiz Osório envió varias unidades contra estos mismos cañones enemigos, para descubrir que López había retirado las piezas principales y dejado solo un regimiento de caballería cubriendo la posición. Los jinetes paraguayos no tenían capacidad de resistir la caballería que Osório lanzó a la refriega, pero no estaban dispuestos a rendirse. No había dudas sobre lo que ocurriría. Ciento veinte paraguayos murieron, otros quince fueron hechos prisioneros y pequeñas cantidades de armas, municiones y lanzacohetes cayeron en manos aliadas.[2]

Este fue el comienzo de una fase mucho más activa de la campaña, en la cual los aliados hostigaron a los paraguayos con toda la regularidad que les fue posible. Mitre ya había llegado a Tuyucúé. Trajo consigo un plan para la siguiente etapa del avance, que contemplaba un ataque general sobre las líneas enemigas de comunicación entre el Cuadrilátero y Pilar, un pueblo bastante grande, siete leguas al norte, que alguna vez había sido el centro comercial del sur del Paraguay.[3]

Pilar había decaído en importancia desde la construcción de Humaitá en los 1850, pero era todavía una comunidad significativa que, en la mente de Mitre, podría más adelante convertirse en un lugar seguro para el desembarco de tropas y suministros aliados. No está claro si Mitre pretendía tomar Pilar en este momento. Acababa de acomodarse en el nuevo cuartel preparado para él en Tuyucué; construido con troncos de lapacho y arcilla, tenía poco para halagar la mirada de un poeta, pero era suficientemente espacioso para proporcionarle refugio temporal. Su presencia y sus planes, sin embargo, ya no eran tomados como fundamentales. Aunque el presidente argentino todavía podía presentarse como el cerebro del esfuerzo de guerra aliado, ahora el control *de facto* lo tenía Caxias, tanto en las operaciones del día a día como en cuestiones más amplias de comando.

Eso incluía la relación con la flota, un tema particularmente urticante en el comando aliado. El gobierno imperial, con sus inclinaciones aristocráticas y mercantiles, hacía tiempo que se había comprometido con una política a favor de la armada sobre el ejército en materia de defensa, y Caxias lo sabía. Aunque esta preferencia tenía sentido en la geografía costera del Brasil, no pasaba lo mismo en la estrategia ofensiva en Paraguay. Pese a ello, a diferencia de Mitre, quien nunca pudo reconciliarse con este orden de prioridades, el marqués se propuso esquivar sus aspectos más negativos haciendo concesiones a los intereses navales cuando tenía espacio de maniobra para ello, y sobrepasándolos cuando debía hacerlo. Por encima de todo, no tenía intenciones de romper sus acuerdos previos con el vicealmirante Joaquim José Ignácio.

Mitre aceptó todo esto a regañadientes, por más que lo desconcertaba y enfadaba. Una vez más, presionó para contar con una mayor acción por parte de la flota y Caxias le prometió todo el apoyo que fuese apropiado.^[4] A pesar de sus propias dudas, el marqués continuó comportándose con deferencia tanto con su subordinado naval como con su superior nominal en tierra. Pero su fortaleza como militar

siempre había consistido en su singular lucidez para comprender cada situación. Esta no fue la excepción. Durante este período, la prensa de Europa y los países aliados dedicó mucho espacio a las supuestas riñas entre los dos comandantes.^[5] Lo más probable es que don Bartolo quisiera encontrar una forma honorable de ceder más autoridad al marqués, cuya reputación en el frente había crecido a la par que la de Mitre había menguado. Ambos hombres se daban cuenta de que cualquier desviación de la práctica establecida debía, de ahí en adelante, partir de los brasileños. Sin embargo, pese a este entendimiento, las maquinaciones e intrigas para la planificación militar y la asignación de responsabilidades eran inevitables.

El 3 de agosto, Mitre despachó al general uruguayo Enrique Castro con una columna de unos 3.000 jinetes, brasileños y orientales, para explorar los senderos que llevaban al norte hacia Pilar. Justo después de San Solano, Castro se encontró con 700 paraguayos mal montados y, en una desigual refriega, los hizo retroceder hasta un punto dos leguas debajo del pueblo. Reportó pérdidas enemigas de 150 muertos y 34 prisioneros, mientras que, en su propio comando, solamente registró un muerto y ocho heridos.^[6] Los aliados presumieron que el mariscal había abandonado la comunidad a su suerte para concentrarse en la defensa de Humaitá, pese a lo cual Castro no avanzó para tomar el lugar, que de todos modos no tenía forma de mantener.^[7] En cambio, cortó las líneas telegráficas paraguayas a Asunción en varios puntos y volvió a Tuyucué.^[8] Durante las siguientes semanas, su caballería condujo varias exploraciones y reconocimientos similares que, en conjunto, mantuvieron a las tropas del mariscal alejadas del campo abierto.^[9]

El hostigamiento no era exclusivo de uno de los bandos. La distancia entre Tuyutí y Tuyucué era más del doble de la que había entre Tuyutí e Itapirú, y los senderos al norte eran ideales para montar ataques sorpresa. Las provisiones para las fuerzas aliadas en Tuyucué eran despachadas a través de bosques de palmeras desde el campamento princi-